



CONDICIONES DE VIDA Y SUBJETIVIDAD DE LOS OBREROS DE LA AGRO-INDUSTRIA AZUCARERA TUCUMANA HACIA LA DÉCADA DE 1960

SILVIA G. NASSIF

Instituto de Investigaciones Históricas, Dr. Ramón Leoni Pinto,
Facultad de Filosofía y Letras, Universidad Nacional de Tucumán,

Becaria CONICET.

nassifsilvia@gmail.com*

RESUMEN

La estructura de la sociedad en la provincia de Tucumán ha estado estrechamente vinculada al desarrollo de la producción azucarera. La combatividad del proletariado azucarero fue una nota distintiva desde sus orígenes y a lo largo del siglo XX, protagonizando distintas experiencias gremiales hasta la consolidación de la FOTIA. También han sido distintivas las graves condiciones de trabajo y de vida.

En este artículo nos enfocaremos en los principales productores de la riqueza del complejo agro-industrial azucarero: los obreros. Indagaremos en sus condiciones de vida en relación al trabajo y las implicancias del mismo en la subjetividad antes de que se produjeran las drásticas transformaciones de los años '60 y '70, con la eliminación de más de 50.000 puestos de trabajo. Ello nos posibilitará comprender mejor la crisis social y los altos niveles de conflictividad obrera que se desataron a partir de la dictadura autodenominada "Revolución Argentina".

Para ello, además de la bibliografía consagrada sobre el tema, haremos uso de fuentes orales a través de distintos testimonios a ex obreros azucareros.

Palabras clave: obreros azucareros, FOTIA, agro-industria azucarera, peronismo.

Fecha de Recepción: 27 de marzo de 2015 - Fecha de Aceptación: 30 de abril de 2015

*Con modificaciones este artículo es parte de mi tesis doctoral titulada "Las luchas obreras tucumanas durante la autodenominada 'Revolución Argentina', (1966-1973)", defendida en la Universidad de Bs. As., 17 de marzo de 2015.

LIFE CONDITIONS AND SUBJECTIVITY OF WORKERS OF SUGAR AGRO-INDUSTRY IN TUCUMAN TOWARDS THE 1960'S

ABSTRACT

The structure of Tucumán's society has been closely linked to the development of the sugar production. The combativeness of the sugar proletariat was a distinctive note from its origins and all along the 20th century, leading different trade-union experiences up to the consolidation of the FOTIA. Their difficult conditions of work and of life have been also distinctive.

In this article we focus in the main producers of the wealth of the agroindustrial sugar complex: the workers. We will inquire over their living conditions in relation to their work, and its implications over their subjectivity, before it took place the drastic transformations of the '60s and '70s, with the elimination of more than 50.000 work places. It will make us understand better the social crisis and the high levels of labor conflict that came out against the dictatorship called "Revolution Argentina". To do this, besides the bibliography about the topic, we will use oral sources trough different testimonies of ex workers of the sugar industry.

Keywords: sugar workers, FOTIA, sugar agroindustry, Peronism.



INTRODUCCIÓN

La estructura de la sociedad en la provincia de Tucumán se desarrolló estrechamente vinculada a la producción azucarera. Esta agro-industria fue desde fines del siglo XIX –y continúa siendo hasta la actualidad– la principal actividad económica de Tucumán. A partir del establecimiento de este complejo agro-industrial, la provincia se constituyó en un importante mercado laboral del que participaban, aparte de la mano de obra nativa, una significativa cantidad de trabajadores golondrinas de las provincias vecinas –mayoritariamente semi-proletarios de origen campesino– e inmigrantes extranjeros¹.

La tensión entre los distintos sectores que intervenían en ella – dueños de los ingenios, productores cañeros, obreros industriales y obreros rurales– fue una constante en la historia de la provincia. A su vez, en cada una de estas clases y fracciones de clase existían también contradicciones y diferenciaciones: de los propietarios de ingenios entre sí; de los cañeros pobres y medios con los cañeros capitalizados; entre los obreros permanentes y los temporarios; entre obreros fabriles y los del surco².

En particular, el proletariado tucumano posee una destacada tradición de lucha y combatividad, con intentos de organización desde aquel remoto año de 1904, en que los obreros del ingenio de Cruz Alta protagonizaron una huelga por la supresión del pago con vales en la proveeduría y la exigencia del pago en moneda nacional. Ya entonces consiguieron un aumento salarial y la abolición del vale. Luego de distintas experiencias gremiales, la conformación de la Federación Obrera Tucumana de la Industria Azucarera (FOTIA) –desde su nacimiento estrechamente vinculada al peronismo– implicó un salto cualitativo y cuantitativo en la organización de los trabajadores.

Hacia 1965, la FOTIA representaba aproximadamente a 100.000 trabajadores. A partir de la dictadura de la “Revolución Argentina” se produjeron drásticas transformaciones que afectaron especialmente a la clase obrera tucumana, con el cierre de 11 de los 27 ingenios existentes y la eliminación de más de 50.000 puestos de trabajo sólo en la agro-industria se generó una crisis social de grandes proporciones junto con altos niveles de conflictividad obrera.

En este artículo nos enfocaremos en los principales productores de la riqueza de este complejo agro-industrial: los obreros azucareros. Quizás uno de los actores más postergados en las narrativas históricas sobre esta actividad económica. De este modo, nos proponemos indagar en las condiciones de vida de esos obreros en relación al trabajo y las implicancias del mismo en la subjetividad³. Al mismo tiempo, este análisis nos posibilitará comprender mejor el trasfondo de aquella combatividad y las formas de organización que adquiriría el movimiento obrero azucarero en los años '60 y '70⁴.

Debido a la escasez y fragmentariedad de los documentos existentes, las fuentes orales se han tornado imprescindibles para reconstruir los hechos protagonizados por sectores de la clase obrera y demás sectores populares, con el aditamento de que a través de ellas hemos podido indagar en la subjetividad de quienes vivieron aquella etapa histórica⁵. Además de la bibliografía referente al tema hemos utilizado documentos oficiales y provenientes de la FOTIA, entre otros.

El trabajo se encuentra dividido en cuatro apartados. En el primero se sintetizan algunos de los debates sobre los inicios del proletariado azucarero. En el segundo se reconstruyen algunos de los aspectos más significativos sobre las condiciones de vida de los obreros, haciendo hincapié en los distintos tipos de trabajo que generó esta agro-industria. En el apartado tercero se analizan los distintos mecanismos de coacción utilizados por las patronales azucareras y su aceptación o rechazo por parte de los obreros. Por último, se examina el impacto en las condiciones de vida de los trabajadores a partir del ascenso del peronismo y la conformación de la FOTIA.

LOS INICIOS DEL PROLETARIADO AZUCARERO

Durante el último tercio del siglo XIX, la actividad económica que mayor mano de obra demandaba en la provincia era la generada por la agro-industria azucarera⁶. Los datos respecto a la cantidad de obreros azucareros indican que ya en 1880 trabajaban en los ingenios tucumanos entre 10.000 y 11.000 hombres; y en 1898, 70.000 hombres (Campi 2000: 90, 93). Para ello, las clases dominantes todavía hacían uso de leyes de conchabo y anticipos de salario y endeudamiento de



los peones como modos de captación de mano de obra, ambas formas pre-capitalistas de producción. En Tucumán, la última ley de conchabos se dictó en 1888. Allí se establecía que serían considerados “vagos” aquellos sujetos que no poseían renta propia ni ocupación lícita y que serían obligados a conchabarse. Cada persona tenía que llevar consigo la papeleta de conchabo, un documento que certificaba que se encontraba empleado. La policía era la encargada de controlar y vigilar la asistencia de los jornaleros a sus lugares de trabajo. Resulta interesante señalar que entre las obligaciones a las que estaban sometidos los peones jornaleros por la ley de conchabo se consignaba

“...en primer término, que debían prestar ‘fidelidad, obediencia y respeto a sus patrones’, como así también, realizar sus labores con diligencia, siempre que no fueren contrarias a la moral y a las leyes.”⁷

Sobre el significado de la práctica del conchabo se han dado diferentes explicaciones, constituyendo los exponentes más reconocidos en este debate Eduardo Rosenzvaig y Daniel Campi. Mientras para Rosenzvaig dichas leyes representaban formas semi-esclavistas dentro de la producción capitalista ante la inexistencia de una categoría de hombres habituados al trabajo con las máquinas (Rosenzvaig 1987: 101, 253, 254), para Campi, las mismas implicaban formas de disciplinamiento de la mano de obra a través del cambio en las conductas, indicando, además, que la continuidad de estas prácticas no resultaba contradictoria con el carácter capitalista del proceso que se estaba implementando en la provincia por la clase dominante tucumana, que según el autor poseía una clara conciencia burguesa aunque no descartara la coacción extraeconómica hacia los trabajadores (Campi 1991: 150).

Se puede precisar que el avance y predominio de las relaciones capitalistas no impidió la supervivencia de mecanismos compulsivos extra-económicos de origen previo en la formación histórico-social, sino que los utilizó, resignificándolos. Se debe tomar en cuenta, además, que ese desarrollo no se realizaba a través de una ruptura revolucionaria con las relaciones pre-capitalistas previas.

Finalmente, en 1896, durante la gobernación de Lucas Córdoba fueron derogadas las leyes de conchabo⁸. A partir de entonces los contratos de trabajo pasarían a regirse por las disposiciones del Código Civil. Cabe tener presente que en las demás provincias del Norte dichas leyes se suprimirían ya entrado el siglo XX, como por ejemplo Salta en 1915 y Jujuy en 1921, no obstante lo cual, las empresas continuaron utilizando ese sistema incluso hasta la década de 1940.

Asimismo han sido discutidas las causas que determinaron el fin de estas leyes: Daniel Campi hace hincapié en la resistencia de los trabajadores "...que fugaban de sus lugares de trabajo rompiendo unilateralmente sus contratos...", junto a los altos costos que representaba para la elite tucumana seguir manteniendo una institución que le rendía ya pocos beneficios. (Campi 2000: 92, 93). Por su parte Eduardo Rosenzvaig subraya que su derogación fue consecuencia del

"...desarrollo de las relaciones económico-sociales, donde una forma de explotación es sustituida por otra más 'racional', en la que el productor encuentra un interés personal por la producción." (Rosenzvaig 1987: 253, 254).

LAS CONDICIONES DE TRABAJO DE LOS OBREROS AZUCAREROS

En la provincia de Tucumán, la agro-industria azucarera estaba ubicada geográficamente en dos lugares estratégicos: un núcleo concentrado en la zona del noroeste, cercano a la capital de la provincia, y otra zona extendida a la vera de la ruta nacional 38, desde la capital hacia el sur-oeste de la provincia. Esta actividad económica había generado núcleos poblacionales en los cuales surgieron importantes pueblos y ciudades en el interior de la provincia. En cada uno de ellos se desarrollaba la vida cotidiana de los pobladores, pues la actividad azucarera constituía el centro económico del que dependían distintos sectores sociales: campesinos cañeros, pequeña burguesía urbana, comerciantes, asalariados y profesionales.

La actividad agro-industrial del azúcar integra en la misma zona



todas las etapas del procesamiento e industrialización. El proceso productivo incluye tanto a la fábrica donde se elabora el azúcar como a los campos donde se cultiva la caña de azúcar. Para trabajar las tierras de propiedad de las patronales azucareras, éstas crearon las llamadas “colonias” que constituían verdaderas unidades de producción. Asimismo, la producción azucarera se caracterizaba por un alto grado de concentración obrera por unidad productiva especialmente durante el período de zafra.

Una vez cortada la caña de azúcar debe ser llevada rápidamente al ingenio para evitar la pérdida del contenido de sacarosa y por lo tanto la disminución de su rendimiento. Por eso los ingenios se instalaron en medio de las plantaciones⁹. Ello generó la convivencia y contacto recíproco entre obreros fabriles y obreros del surco. Esta convivencia también se materializó, en unidad y en lucha, en la confluencia de ambos sectores en una organización gremial única: la FOTIA, distinguiéndola como una Federación peculiar a nivel nacional.

Desde la década de 1980, antes de la generalización de la cosecha mecanizada, los obreros azucareros se diferenciaban por el trabajo que realizaban (fabril o rural) y también por el período de tiempo en que eran empleados (permanentes o temporarios).

En la fábrica trabajaban los obreros permanentes, incluyendo al personal calificado y a la mayoría del personal ocupado en el mantenimiento de las máquinas. Este tipo de trabajadores condensaba las características del obrero industrial (Murmis y Waisman 1969: 355). En la fábrica también trabajaban obreros estacionales, sin oficio y calificados, ocupados sólo en época de zafra.

En cuanto a los trabajadores agrícolas, los estables o permanentes atendían las diversas tareas de plantación, cultivo, cosecha y transporte de la materia prima, ya sea en tierras del ingenio o en explotaciones de los cañeros capitalizados. En las colonias vivían y trabajaban los obreros que realizaban tareas agrícolas. Las viviendas que allí se establecían eran de propiedad del ingenio, otorgadas en tenencia precaria a sus trabajadores.

Por el otro lado, los trabajadores agrícolas estacionales eran peladores y cortadores de caña, ocupados sólo en la época de cosecha, desde fines de mayo o principios de junio hasta fines de octubre en

general, dependiendo de las condiciones climáticas, la maduración de la caña y la cantidad a procesar. Muchos de estos trabajadores eran en realidad semi-proletarios, de origen campesino venidos del Valle de Tafí y otras provincias (principalmente de Santiago del Estero y de Catamarca)¹⁰.

A pesar de estas diferencias, la concentración demográfica y la ligazón a través del ciclo productivo generaron elementos que impulsaban a la acción conjunta de los distintos sectores de la clase obrera azucarera. Los obreros de fábrica y del surco estaban agremiados en la misma Federación, ya que los vínculos en la vida cotidiana permitían el reconocimiento de necesidades similares y enemigos comunes.

Aun así esta relación entre obreros de fábrica y obreros de surco era compleja. Existían entre ellos múltiples prejuicios, alimentados muchas veces por los patrones. En ocasiones los obreros de fábrica remarcaban el escaso nivel de instrucción que tenían los obreros del surco. En ese sentido Hugo Santillán, ex obrero de fábrica y dirigente del ingenio Bella Vista en la década del '60 - '70, señala el rol comúnmente adjudicado por los fabriles a los obreros del surco, pese a que compartían en la cotidianidad diversos espacios:

“...siempre al obrero del surco se lo tomaba como que era el ‘torpe’, el ‘bruto’, porque hacia ese trabajo. En cambio el trabajo del ingenio era otro tipo de trabajo. Pero había una relación personal, familiar donde eso quedaba de lado.”

“Todos sabemos a qué era sometido el trabajador, el pelador de caña (...) Era un trabajo infrahumano... Inclusive compartíamos comisiones gremiales...”. (Hugo Aldo Santillán, San Miguel de Tucumán, 18 y 19 de marzo de 2013).

Tiempo después de la creación de FOTIA se conformó la Federación de Empleados de la Industria Azucarera, FEIA, que representaba únicamente a quienes trabajaban en la parte administrativa de los



ingenios. En ese sentido, el propio Estatuto de la FOTIA señalaba expresamente que sólo integraban la Federación "...los obreros y empleados de la Industria Azucarera y derivados de la Industrialización. No podrán ser socios de los sindicatos los empleados administrativos." (Estatuto FOTIA: 1944).

Manuel Díaz, ex dirigente y obrero del ingenio Mercedes advierte que FEIA:

"...nace como consecuencia de no ponerse de acuerdo entre empleados y obreros en su base. Es decir que en el ingenio, el capataz, –que era empleado– no se sentía cómodo siendo afiliado al sindicato donde estaban los obreros. O el obrero lo rechazaba, porque el capataz lo controlaba, y no admitía que esté en su propio sindicato. Entonces de ahí es que nace esa organización." (Manuel Díaz, San Miguel de Tucumán, 3 de noviembre de 1988).

Es decir, la división entre trabajo manual y trabajo intelectual entre los trabajadores del azúcar se expresaba no sólo en el plano salarial sino también a través de una marcada jerarquización social¹¹. Julio Lescano, ex obrero azucarero, dirigente del ingenio Bella Vista y director de la Compañía Nacional Azucarera S.A. (CONASA) en los años '70, acerca de las diferencias entre los obreros y los empleados señala:

"...Aquí sabía haber una diferencia de tal forma que usted no se la podría imaginar. En la esquina estaba el Club Social, decía: 'de Empleados y de Obreros' pero no recibían a cualquier obrero. Si usted trabajaba en una sección más o menos importante y era jefe o subjefe siendo obrero, sí lo admitían como socio..."

"El obrero hacía trabajo manual, digamos el trabajo bruto, y el empleado trabajaba en el escritorio, en la oficina...". (Julio Lescano, Bella Vista - Tucumán, 14 de marzo de 2013.)

Rafael De Santis, ex obrero del sindicato del ex ingenio Mercedes y miembro de FOTIA en los años '70 indica que previamente a la etapa peronista la diferenciación entre los obreros azucareros era esgrimida y vigilada también por la policía:

“...Los ingenios tenían policía propia. Y hacían el distingo –eso no me olvido–, hacían el distingo para poder controlar: el obrero del surco para este lado, el fabril para este otro lado, y el empleado (el empleado, no el jerárquico) para otro lado. En el caso de Mercedes, el empleado tenía que usar zapatillas; el obrero de fábrica, alpargata negra; y el de surco, colorada. ¡Y guarda con cambiar el color!” (Rafael De Santis, San Miguel de Tucumán, 3 de noviembre de 1988).

En ese sentido Santos Aurelio Chaparro, ex obrero y sindicalista del ingenio La Florida, hijo de un trabajador del surco, señala:

“...yo que como un niño andaba descalzo... yo iba descalzo a la escuela de la [colonia N°] 8 y otros que eran hijos de capataces (...) iban con sus zapatillas, y nosotros no, no podíamos... andábamos de alpargatas. Entonces me dolía. Me dolía porque nos miraban como de raba de ojo, como diciendo '¡estos pobres!...". (Santos Aureliano Chaparro, La Florida - Tucumán, 12 de diciembre de 2014).

Como indican Hugo Santillán, Rafael De Santis y Santos Aurelio Chaparro más arriba, la vida del trabajador del surco era sacrificada. En ese sentido, Nicolás “Lalo” Juárez, ex obrero del surco de Cruz Alta, relata cómo en 1950 a los 12 años de edad había comenzado a trabajar en el ingenio y llegó a ser un obrero permanente del surco. En realidad, Lalo desde muy niño venía trabajando, ayudando a su padre en las tareas del campo. A su vez, había intentado combinar el trabajo con la asistencia a la escuela primaria. Así, relata un día de su vida cotidiana durante su infancia, al regresar al mediodía de la escuela a su casa:



“Veníamos con la ropita de la escuela cuidando de que no la ensuciemos porque mañana teníamos que ir a la escuela otra vez...”

“Entonces venía a cambiarme la ropita del trabajo (...) a la 1 veníamos de la escuela y en media hora ya estábamos en carrera prácticamente con nuestros padres. ¿Para qué? Para ayudarles en la tarea junto con mis hermanos, por supuesto con la familia. Y hasta ahí no tocaba los cuadernos. Cuando veníamos a las 5, 6 de la tarde, entonces ahí (...) yo tenía que terminar mi tarea. Mi padre sabía quedarse hasta las 7 de la tarde [en el surco].

Y ya había que calentar el agua porque no había nada de gas ni nada; había que juntar la leña, que le llamábamos ‘el garrote de la caña seca’ porque era una leña muy fuerte y era para poner al horno, para hacer el pan. Con eso hacía el pan nuestra madre.” (Nicolás Juárez, Cruz Alta - Tucumán, 15 de marzo de 2013).

Las condiciones de vida y de trabajo de los temporarios en el surco eran aún peores. En ese entonces para el período de la cosecha de la caña de azúcar se necesitaba una considerable cantidad de mano de obra. Juan Antonio Medina, “Lucho”, ex trabajador permanente de fábrica y sindicalista del ingenio La Providencia –ubicado en la localidad de Río Seco al suroeste de la capital de la provincia– integró el sindicato desde fines de los ‘60 hasta noviembre de 1974. Afirma que una de sus preocupaciones principales estaba vinculada con la mejora de las condiciones materiales de los trabajadores del surco:

“Trabajaban 4 meses y 8 meses tenían que ser trabajadores golondrinas: se iban a Mendoza, Mar del Plata –no de vacaciones– a trabajar de mozos, cocineros, lavaplatos. Si no, se iban a Río Negro a la cosecha de la pera, la manzana. Los primeros años se iban solos, después empezaron a llevar las familias...”

“...También en el campo había permanentes y había cosecheros. Pero los cosecheros eran de Santiago del Estero, Santa María del Valle, catamarqueños, bolivianos, ese era el grueso de la gente que trabajaba digámosles en las ‘colonias’, porque así se le decía: la colonia. A mí no me gustaba llamarle colonia, yo le decía lote...”

“Y vivían en esas condiciones. Luchamos para que se cambie un poco. Se hicieron monoblocks. En nuestra gestión se hizo el agua potable (...) Era simplemente un bracito del río para darle agua a los obreros de las colonias. Porque antes las siete colonias estaban progresivamente y tomaban de esa agua cuando orinaban las siete en esa acequia.” (Juan Antonio Medina, Río Seco - Tucumán, 11 de agosto de 2012)

Pablo Brito, ex secretario del sindicato del ingenio Cruz Alta y administrador del sanatorio “Manuel Reyes Olea” –demolido por los militares durante la última dictadura– describe las tareas que realizaba su familia. Su padre había sido trabajador azucarero, pelando caña para distintos cañeros:

“...en ese tiempo se regaban los cañaverales y [los obreros] sufrían una insolación porque eran más como esclavos la gente en ese tiempo... Los hacían trabajar 24 horas, toda la noche andaban con un farolito (...) y andaban regando los cercos y tenían que quedarse 24 horas... Ese era el trabajo que tenían ellos. Y después trabajaba en el surco, cuando pasaba la época del riego, ya el desaporque, el aporque que se hacía antes, todos eran trabajos manuales (...) que no los hacen ahora todo es máquina... Entonces se desaporcaba, se desyerbaba... Se hacía reguera por dónde iba el agua en los cercos.” (Pablo Brito, Cruz Alta, 12 de diciembre de 2014).



Los trabajos que realizaban los obreros del surco antes del cierre de los ingenios en 1966 son descriptos por Ricardo Sal, cañero que contrataba mano de obra:

“...se hacían un montón de trabajos que hoy ya no se hacen ni se van a hacer. Por ejemplo (...) para poner a producir casi 200 hectáreas ahí teníamos como 30 obreros...”

“Porque primero se trabajaba con mula, o sea cada arado necesitaba 2 personas, después se desyerbaba la caña y un obrero no puede hacer más de 10 surcos por día – trabajando fuerte–; después había que abonar a mano, después se repasaba a pala (...) Entonces todo el trabajo ese, desde octubre hasta enero, febrero, trabajo del cultivo de la caña y después tenían 2 o 3 meses que no se hacía nada pero que siempre estaban hachando porque no se usaba herbicida, se hachaba el yuyo en los callejones, en la caña. De ahí llegaba la cosecha, ya llegaba la plantación...”.

“Entonces esa gente tenía trabajo todo el año, o sea que no había problema por el trabajo. Y bueno, ahora prácticamente una finca de ese tiempo de 200 hectáreas ya se maneja con 1 o 2 personas nada más.” (Vicente Ricardo Sal, San Miguel de Tucumán, 13 de agosto de 2013).

El ya mencionado ex obrero del ingenio La Providencia, “Lucho” Medina, además hijo de cañeros, describe las condiciones de vida de los trabajadores del surco:

“...la maloja viene a ser como la flor de la caña, con eso hacían las paredes, con eso hacían las viviendas ‘ranchos’, cuando ya en los contratos de trabajo se decía que existía,

o que prometía, la vivienda digna para los trabajadores azucareros.

...los obreros rurales con el tiempo iban obteniendo mejoras en salud, en vivienda, en educación. Pero a la vez iban desapareciendo del campo los obreros del surco. ¿Por qué? Porque a partir del golpe de Onganía se empieza a introducir la máquina cosechadora de caña. Cuando se estaba haciendo todo manual empieza a introducirse la máquina y una de las cosas que ellos necesitaban era que el campo con sus obreros desaparezcan y hoy lo han conseguido, en el campo no vive nadie. Se han formado varios pueblos fantasmas...". (Juan Antonio Medina, Río Seco - Tucumán, 11 de agosto de 2012).

Cabe aclarar que en la Argentina el proceso de maquinización operado en el campo y la "racionalización del trabajo" se inicia previamente al golpe de Estado de Onganía, aunque durante la dictadura se intensificó y su generalización se operaría bajo la última dictadura luego de 1976. Ya en 1963 la FOTIA señalaba que durante

"...la zafra del '61 hizo su aparición en nuestro país la máquina cortadora de caña, que se completaba con la fumigación (quemada de la caña) en reemplazo de la pelada. (...) Algunas explotaciones, como en el caso del ingenio 'La Esperanza', de Jujuy, introdujeron procedimientos mecánicos para el apilaje y cargada. (...) Ahora se anuncia la fabricación en el país y tal vez en nuestra propia provincia de una cosechadora ya probada, que corta, pela, despunta y apila. Su capacidad de producción diaria es de aproximadamente 200 surcos, según sean las condiciones del terreno y el estado del cañaveral donde actúe. Para realizar este mismo trabajo a mano en igual tiempo, se requieren 136 cosecheros, a razón de 8 horas diarias y 1.250 kilos de caña cada uno, en un cañaveral de 850 kilos por surco. (...) La cargada de la caña y la complementación de algunas tareas cumplidas



por la máquina, demandarían unos 17 obreros, más dedicados a su manejo. Tenemos así que la cosechadora reemplazaría a 117 (136 menos 19)” (FOTIA 1963: 8, 9).

Santos Aurelio Chaparro, cuenta el conflicto generado, ya en la década del '70, en una de las fincas aledañas al ingenio La Florida cuando el dueño quiso incorporar la máquina. El representante de los obreros del surco no había hecho nada para proteger a los obreros, motivo por el cual, afirma Chaparro, él tuvo que defender a sus compañeros. Se enfrentó al dueño y consiguió detener, momentáneamente, el desplazamiento de los trabajadores:

“He conversado con él, le he dicho que la gente le iba a prender fuego a la caña si metía la máquina; y le he explicado: ‘Mucha gente que usted ha tenido tantos años trabajando se va a ir, se va a quedar sin nada, ¡Usted no puede hacer eso! Yo le aviso porque la gente está dispuesta a todo, en una de esa vienen y le prenden fuego su casa, a todos sus vehículos’.

Y de ahí no ha metido la máquina y siguieron trabajando los obreros.” (Santos Aureliano Chaparro, La Florida-Tucumán, 20 de abril de 2013).

Con respecto al trabajo de los obreros permanentes de fábrica, Lucho Medina describe cómo era un día de trabajo:

“La actividad empezaba a las 7 de la mañana y terminaba la media jornada a las 12. Veníamos cada uno a su domicilio a almorzar y volvíamos a las 14 horas hasta las 18. La ley decía que había que trabajar 44 horas semanales para gozar del ‘sábado inglés’. El llamado sábado inglés que en el extranjero consiguieron otros compañeros, era la jornada de 44 horas –hicieron una lucha gremial para tener esta jornada–. Esas 4 horas inglesas te las pagaban. Eso en tiempo de reparación de la fábrica.”

“En tiempo de zafra se trabajaba por turnos de 4 a 12, de 12 a 8 y de 20 a 4 de la mañana. (...) Rotativo, una semana con un turno, otra semana con otro y otra semana con otro, cosa que te distorsionaba la mente porque una semana dormías de noche, otra semana tenías que dormir de día y así. Pero a esta empresa no le importaba eso...”

“Y ese era el horario, y para conseguir un pedazo más de pan era toda una lucha que consistía en asistir a los convenios colectivos y en los mismos convenios hacer alguna manifestación de paro para ver si cedían en algo: La eterna lucha gremial”.

“La jornada era más o menos así en todas las fábricas. Unas más otros menos, las condiciones de trabajo eran más o menos regulares... Pero nunca más o menos buenas...”.
(Juan Antonio Medina, Río Seco - Tucumán, 11 de agosto de 2012).

Dentro de la estructura laboral azucarera existía un cierto grado de movilidad: de trabajadores temporarios a trabajadores permanentes; de obreros del surco a obreros de fábrica. Con frecuencia los hijos de los trabajadores de los ingenios tenían mayores posibilidades de entrar a la fábrica. Ese fue el caso de Santos Aurelio Chaparro, del ingenio La Florida, nacido a fines de los años '40, hijo de obrero azucarero. Chaparro cuenta cómo entró a la fábrica con tan sólo 13 años de edad al conocer un poco más sobre mecánica, resaltando el cambio que significó para él comenzar a trabajar, convirtiéndolo en “otro hombre”, según sus propias palabras:

“...tomé conciencia del valor de mi mamá y de mi papá. Ustedes a lo mejor ahora tienen una vida mucho mejor, con la probabilidad de seguir con los estudios, y nosotros no. Se terminaba el período de sexto grado y ¡chau! (...) No había más. Ahí empecé una nueva vida.” (Santos



Aureliano Chaparro, La Florida - Tucumán, 20 de abril de 2013).

Antes de llegar a trabajar como obrero en la fábrica, cuando todavía era un niño, Chaparro recuerda:

“...cuando salía de la escuela a veces me iba a pelar caña. Dejaba los útiles y me iba a pelar caña, un rato, dos horas, una hora y media, así. No era tan fácil. Los sueldos eran muy bajos. Para mi viejo que tenía un montón de hijos, no había salario, nada para los hijos, nada.”(Santos Aureliano Chaparro, La Florida - Tucumán, 20 de abril de 2013).

Las mujeres también trabajaban ayudando a sus esposos en las tareas del campo como la pela de la caña, o cosiendo las bolsas en donde se colocaba el azúcar. Por ejemplo, Aidé Moreno de Aguilar, militante peronista santaluceña cuya vida describe Lucia Mercado, formaba parte “...del plantel de muchachas que lavaban las bolsas de arpilleras que se usaban para el envasado del azúcar...” (Mercado 2008: 91). En general el trabajo de las mujeres estaba invisibilizado y, cuando se pagaba, era mal remunerado. En el caso de su trabajo en el surco, ni siquiera era reconocido pues solamente cobraba el hombre, el “jefe de familia”.

Un ex obrero del ingenio Santa Ana, Mario Manuel Nina, “Coco”, nacido en 1930, señala que aunque su madre trabajaba 8 horas diarias como costurera dentro del ingenio su salario era menor que el de los hombres. Coco, huérfano de padre desde los 8 años, relata las condiciones de crianza en las que fue desarrollándose hasta poder entrar al ingenio, luego de aprender el oficio de soldador con el soplete que lo llevó a perder la vista de uno de sus ojos:

“...no me he perfeccionado bien en la escuela, una porque mi madre era analfabeta, pobrecita. Yo he aprendido de grande, viendo los diarios, deletreando. He ido hasta 2º grado, porque tuve que trabajar. ¡Yo hice tantas cosas!”

“...cuando mi hermana trabajaba en la casa de unos turcos

–dueños del primer almacén que había ahí– yo hice de niño; ahí trabajaba mi hermana como muchacha, pobrecita...”

“Y mi madre lavaba ropa para los empleados, después ha entrado en el hospital como lavandera, y ha pasado al ingenio a coser las bolsas, y ahí se jubiló.

Me recuerdo todo, yo me crié aquí... me crié solito...”
(Mario Manuel Nina, Santa Ana- Tucumán, 14 de agosto de 2013).

MECANISMOS DE CONTROL PARA GARANTIZAR LA EXPLOTACIÓN OBRERA

El núcleo hegemónico dentro de los propietarios de ingenios conformaba un sector fundamental de las clases dominantes de la provincia. Si bien los propietarios de los ingenios tucumanos también poseían tierras (algunos eran terratenientes de origen, otros compraron tierras a partir de su acumulación como inversores en la industria), la parte principal de sus ingresos provenía de la explotación de mano de obra asalariada en sus fábricas. Sin embargo, como se mencionó más arriba, aunque desde principios del siglo XX fueron primando las relaciones de producción capitalistas y el trabajo asalariado, éstas estuvieron embebidas de resabios pre-capitalistas. En ese sentido, la herencia servil colonial y del siglo XIX impregnó estas relaciones salariales con rasgos derivados de diversos mecanismos de coacción extra-económica. Con frecuencia eran propiedad del ingenio desde la proveeduría, la escuela, el hospital, hasta las casas en las que habitaban los trabajadores. Inclusive éstos dependían del ingenio para el suministro de agua y luz. Este escenario histórico-social condicionaba las relaciones entre patrones de los ingenios y trabajadores, con fuertes componentes de dominación y paternalismo, que reforzaban la explotación (Nassif 2012: 91).

La relación entre obreros azucareros y dueños de ingenios ha incluido múltiples facetas. Cabe tener presente que los patrones han recibido distintas denominaciones en la bibliografía, según el aspecto



que se busca enfatizar, desde “industriales”, “burguesía mediterránea”, “empresarios”, “barones del azúcar” hasta “oligarquía azucarera”, entre otras. Hacia 1960 no cabe duda de que se trataba de una relación de producción capitalista, en la que los obreros –desposeídos de sus medios de producción y del producto de su trabajo– vendían su fuerza de trabajo a cambio de un salario. Aun así estas relaciones incluían dimensiones de dominación y paternalismo.

Uno de los propietarios del ingenio San José –que cerrará en el año 1967–, José “Pepe” Frías Silva, fue entrevistado por el semanario *Primera Plana* en mayo de 1966. Frías Silva en esos momentos se encontraba un tanto molesto debido a que, a mediados de 1965, su casa había sido atacada en una protesta en la que los obreros reclamaban por el pago de salarios adeudados por su empresa. En dicha entrevista, el dueño del ingenio San José señalaba:

“...‘Nuestro personal era muy adicto a la empresa, con muchos años de servicio. Yo me crié al lado de ellos; hasta les vendí sus casas, con muchas facilidades, a larguísimos plazos, porque me parecía importante hacerlo. Algunos de ellos habían trabajado con mi padre y con mi abuelo, y nuestra relación era de mutua confianza: los obreros estimaban nuestra capacidad para dirigirlos y guiarlos. Además de sus salarios y de la vivienda, les dábamos un buen servicio asistencial médico y leche gratis y atención hospitalaria; no forzados por las leyes, sino desde mucho antes de que fuera una obligación. Toda la vida he vivido en el ingenio, éramos con ellos como padres e hijos’.” (Primera Plana, 24 de mayo de 1966).

La idea de que los patrones brindaban “todo” a sus trabajadores, también fue asumida muchas veces por los propios obreros, quienes en distintas entrevistas manifestaron que el ingenio les daba todo “gratis”. Sucede que, por ejemplo, las casas en las que vivían los obreros y los empleados eran en su gran mayoría propiedad de los ingenios, y que también los servicios básicos como las escuelas, los dispensarios y hasta las cárceles eran provistos por los ingenios. No

obstante, aquella afirmación omitía la relación de explotación que mediaba entre capitalista y obrero. Lo que éste recibía “gratuitamente” no era ni más ni menos que otro producto del trabajo del obrero de las horas diarias brindadas al ingenio desde su ingreso hasta la jubilación, tanto en el caso de los obreros de fábrica como de los del surco.

En los complejos agro-industriales existía un engranaje complejo para hacer cumplir las órdenes que emanaban de los patrones, desde los mayordomos hasta los capataces, ambos empleados de aquellos.¹² En ese sentido Chaparro recuerda una de aquellas situaciones:

“...mi hermano se puso a discutir con el capataz... A los dos días lo pusieron en un carro, nos alzaron a toda la familia y nos llevaron a Tacopalto. ¡Por una discusión!... Entonces yo ya tenía 8 años y más o menos me daba cuenta por lo que contaba mi papá, los vecinos, de lo difícil que era, como los trataban en esa época...

Siempre se juntaban alrededor, mi viejo tocaba la guitarra; entonces ahí tomando y tomando empezaban las conversaciones: ‘que fulano era así, que sultano era así’. Basándose siempre en el trato de los que estaban al frente de los obreros, que eran el mayordomo y el capataz...”. (Santos Aureliano Chaparro, La Florida - Tucumán, 20 de abril de 2013).

En la zona del ingenio Santa Ana, en distintas entrevistas ex obreros del ingenio evocaban “los tiempos de Clodomiro Hileret” como uno de los períodos más “gloriosos” de la historia del pueblo. Aunque ninguno de ellos vivió directamente en aquel tiempo, pues se trataba de fines del siglo XIX y principios del XX, muchos asumían como una historia personal las vicisitudes de la familia Hileret, relatando, por ejemplo, que Clodomiro le regaló a su hija el “Parque Santa Ana”, realizado por el paisajista Carlos Thays, tan sólo para alegrarla.¹³

Los dueños de los ingenios aplicaban diversos métodos de coacción que fueron cambiando con el paso del tiempo. Uno de los más mencionados por los entrevistados había sido el del “Perro Familiar”:



una leyenda de fines del siglo XIX que circulaba con distintas variantes por los ingenios azucareros del noroeste argentino, cuya imagen más popularizada lo describía como un animal feroz, con cadenas que hacían ruidos al ser arrastradas y que hacía desaparecer a los obreros.

En ese sentido, el ex obrero del surco Oscar Rafael Zurita, nieto e hijo de trabajadores del ingenio Santa Ana, comenta:

“...de las cosas que no son normales, los memoriosos cuentan del Perro Familiar, de gente que desaparecía... En Santa Ana en el mismo ingenio. Me contaba mi abuelo: ‘un día estaba trabajando (...) en un lugar que le decían la sabalera, que ese era un trabajo medio feo porque ahí se trabajaba con leña, con fuego. Ahí dice que a las 11 de la mañana estaba con un muchacho riojano muy buenito, y a las 10 de la mañana le dice: ‘mira yo me voy hasta allá ya vengo’ y se ha metido por un canalcito bajo, tenía agua (...) no ha vuelto nunca más. Y se corre la voz que ese era el Familiar, que el dueño del ingenio tenía contrato con el diablo y tenía que dar mensualmente un obrero, no sé si será cierto o no pero así era la historia. Y dice mi abuelo ‘es verdad, yo he estado con él conversando’, me dice, ‘voy hasta ahí ya vuelvo, aguántame’ y no ha vuelto más, dice, no volvió nunca más, ha desaparecido...” (Oscar Rafael Zurita, San Miguel de Tucumán, 26 de junio de 2013).

Por otra parte, el ya mencionado Hugo Santillán vincula la existencia del Perro Familiar con las distintas etapas por las que pasó la vida de los obreros azucareros:

“Era una lucha constante, es decir, el obrero azucarero pasa desde su comienzo por un montón de etapas, el Perro Familiar, el pago con vales, el látigo, el carro en la puerta cuando alguien no accedía a entregar la mujer o la hija...”

“El Perro Familiar es una fábula creada por los industriales azucareros ¿Por qué? Porque se desaparecían los obreros y ¿qué pasaba? Alguien los mataba pero desaparecían o

sea que nosotros calculábamos que iban a parar en la gran temperatura de la caldera.”

Asimismo Hugo Santillán advierte que la disipación del mito del Familiar estuvo relacionada con la organización de los obreros a través de la FOTIA. Así afirma:

“... ya el mito desapareció porque ya estaban más o menos sindicalizados los trabajadores azucareros, es decir, cada ingenio (...) se organizó y tenía su sindicato un tiempo atrás. En los años '45 - '44 empezaron a formar esos sindicatos, después se constituyó la FOTIA, y a partir de ahí la FOTIA fue el eje central de la actividad azucarera en todo el norte.” (Hugo Aldo Santillán, San Miguel de Tucumán, 18 y 19 de marzo de 2013).

A su vez, el mito del Familiar con el paso del tiempo se fue resignificando y distintos obreros indicaron que algunos trabajadores se rebelaron y pudieron derrotar al Perro¹⁴.

“Pero el Perro Familiar vuelve en el año 76 ¿por qué? Porque el sector industrial es responsable de las muertes, el sector empresario lo disfraza a Bussi en el caso de Tucumán específico como el Perro Familiar, (...) pero ahí ya vemos, ya sabemos que hay sangre, ya sabemos que hay muertos, ya sabemos que en alguna parte habrán de estar guardados o enterrados...”. (Hugo Aldo Santillán, San Miguel de Tucumán, 18 y 19 de marzo de 2013).

No es casual que Santillán vincule el regreso del Familiar con la dictadura de 1976 –que en Tucumán además estuvo prologada por el “Operativo Independencia”–, ya que fue precisamente ese el momento en el que se pudo desarticular a la organización de los obreros azucareros, la FOTIA, a través del secuestro, asesinato y desaparición de gran parte de los dirigentes obreros por medio de la represión estatal de la que también fueron partícipes algunas de las patronales azucareras¹⁵.



También algunos de los entrevistados del ex ingenio Santa Ana señalaron la existencia de túneles que habrían sido realizados por el francés Clodomiro Hileret, el primer dueño y fundador del ingenio, que comunicaban distintas partes de la fábrica y que llegaban hasta las colonias. Cuentan que el patrón aparecía sorpresivamente, sin ser percibido por los obreros. Fenómeno común a la vida de los ingenios, la patronal buscaba y conseguía que los trabajadores incorporaran como parte de su subjetividad la sensación de que el patrón estaba en todas partes al mismo tiempo. También los pobladores de Santa Lucía, localidad en la que funcionaba anteriormente un ingenio que llevaba el mismo nombre, señalan la existencia de túneles y sótanos en los que se encerraba a los obreros “por mal comportamiento”. Tiempo después, durante el “Operativo Independencia”, las instalaciones del ex ingenio fueron utilizadas como base militar. En los sótanos, construidos a fines del siglo XIX, funcionó un Centro Clandestino de Detención por el que pasaron una importante cantidad de personas, entre ellos, obreros azucareros¹⁶.

En definitiva, los dueños de los ingenios introdujeron un eficaz mecanismo de dominación de la mano de obra (al estilo del Panóptico descrito por Michael Foucault). Como parte del control para garantizar la explotación, los obreros internalizaban subjetivamente que en todo momento estaban siendo vigilados. Entonces debían actuar en el ámbito laboral y también en sus vidas cotidianas en función de ese control, ya que de no comportarse debidamente –es decir, en función de las necesidades de la producción azucarera bajo la dirección de los dueños de los ingenios– podían llegar a ser castigados. En muchas oportunidades, a lo largo de la historia, la memoria oral de los trabajadores y sus familias da cuenta de la desaparición misteriosa o asesinato de obreros “rebeldes”¹⁷.

Al mismo tiempo y como contracara, como indican los entrevistados del ex ingenio Santa Ana, fue por esos mismos túneles que en las huelgas y tomas de fábrica de los años '60 se hacían pasar los víveres y las personas sin que de ello se percataran las fuerzas represivas, impidiendo el aislamiento de los manifestantes. De esta manera, como en la leyenda del “Familiar” y también de su derrota a manos de algún obrero valiente, los túneles pasaban de ser mecanismos de control y

vigilancia en manos de los dueños de las fábricas a medios para desarrollar la rebelión cuando eran utilizados por la clase obrera.

LAS LUCHAS OBRERAS Y EL NACIMIENTO Y DESARROLLO DEL SINDICALISMO AZUCARERO

En Tucumán, a principios del siglo XX, contrastaban los bellos paisajes del “Jardín de la República Argentina” con las condiciones de miseria en la que vivían los trabajadores, con jornadas de más de 12 horas –siendo común el trabajo infantil–, viviendas insalubres, alimentación insuficiente; todas condiciones que producían múltiples enfermedades y que en ocasiones podían generar la muerte. En ese momento, los sueldos eran pagados con vales y los trabajadores de los ingenios eran obligados a comprar los artículos que necesitaban en las proveedurías de las fábricas, lo que insumía hasta el 40% de su salario¹⁸.

Las luchas de los obreros tucumanos recorrieron las décadas del siglo XX. A nivel nacional, en los inicios de la década del '20 se produjeron significativas huelgas obreras. En aquella oportunidad los trabajadores azucareros se manifestaron por la reducción de la jornada laboral a 8 horas de trabajo y por aumentos salariales en efectivo. A estos reclamos se opusieron los industriales. Por ello en mayo de 1923 líderes sindicales del ingenio Santa Ana iniciaron la huelga y el 1º de junio “...casi todos los ingenios estaban parados y se habían perdido ya 20 días de zafra.” La huelga fue reprimida y con varios dirigentes obreros detenidos. No obstante, los trabajadores obtuvieron importantes conquistas que quedaron enmarcadas en leyes provinciales como la jornada laboral de 8 horas y aumentos salariales pagados en moneda (y no en vales)¹⁹.

Hacia 1930 ya existía una cierta experiencia de organización gremial. En 1935, señala la historiadora María Ulivarri, se fundó, con la presencia de delegados de varios ingenios, el Sindicato de Obreros de la Industria Azucarera, con sede en Famaiyllá. Meses después se conformó la Unión General de Trabajadores de la Industria Azucarera (UGTIA). Ambas entidades se fusionaron luego, conservando el nombre de UGTIA. (Ulivarri 2011: 128).



A mediados de 1939, la UGTIA en una nota elevada a la Cámara de Diputados de la Nación advertía que interpretaba el anhelo por 100.000 obreros de fábricas y de surco y denunciaba las principales problemáticas de los trabajadores del azúcar:

“Millares de niños mueren sin asistencia médica al año, abatidos desde su nacimiento por la debilidad y las enfermedades regionales. Millares de jóvenes de nuestra provincia, cuando se presentan a servir a la patria, se les rechaza con el estigma de ‘inútil para todo servicio’, marcando las estadísticas cerca del 60% de incapaces físicos.” (Cámara de Diputados de la Nación, 6 de junio de 1939).

De ese modo, dieciséis años después de la promulgación de aquellas leyes provinciales, la UGTIA denunciaba que todavía los trabajadores no cobraban el salario mínimo y los obreros calificados trabajaban 12 horas diarias, advirtiendo que las condiciones laborales eran aún más penosas para quienes realizaban tareas agrícolas.

El sindicato también denunciaba la persistencia de las proveedurías en los ingenios; donde las mercaderías eran vendidas a un precio mayor y se fomentaba el consumo excesivo de alcohol.

“El alcoholismo, creador de energías artificiales, es fomentado para disminuir la falta de energía que deben ser creadas con el producto de una alimentación abundante y sana de una vida más digna, haciendo estragos en la población trabajadora.” Las proveedurías retenían “...la mayor parte del miserable jornal del obrero y para colmo de la iniquidad, el resto del salario es entregado en vino para el día de pago, día en que el proveedor emborracha y endeuda al obrero.” (Cámara de Diputados de la Nación, 6 de junio de 1939).

La UGTIA advertía sobre el cercenamiento de los derechos de los trabajadores en las zonas azucareras, pues todo intento de

organización obrera era reprimido por los dueños de los ingenios. Manifestaba que el pueblo tucumano "...que, en comicios limpios y ejemplares, consagrara un gobierno democrático...", –dejando entrever cierto acercamiento al gobierno provincial, representado por el radical Miguel Critto–, "...no puede gozar de tales beneficios dentro de los ingenios azucareros, los cuales se rigen como un estado dentro de otro estado, con normas y 'leyes' impartidas desde la Administración de cada ingenio y que anula toda garantía." (Cámara de Diputados de la Nación, 6 de junio de 1939).

Por estas razones la organización obrera reclamaba la anulación de las proveedurías y exigía que el Estado otorgase las garantías necesarias para el libre tránsito de los agentes comerciales dentro de las propiedades de los ingenios; la expropiación de caminos privados para transformarlos en vía pública; un régimen salarial acorde a: \$5.00 por día para los peones de industria, \$4.50 por tonelada de caña pelada para los peladores, \$4.20 por día para los obreros agrícolas en general y \$4.50 diarios para los carreros; el respeto por la jornada laboral de 8 horas a todos los obreros de la industria azucarera y la anulación del trabajo a destajo en lo que se refiere al cultivo de la caña. También pedían que se instalaran balanzas automáticas en los cargaderos y grúas para permitir el control por parte de delegados de las organizaciones obreras y agrarias, quienes tendrían el derecho de observar el peso. Asimismo exigían que los ingenios proveyeran obligatoria y gratuitamente "...viviendas a sus obreros, tanto de las fábricas como del surco, permanentemente a los residencia local y a los obreros transitorios durante el tiempo que dure su permanencia en el trabajo." (Cámara de Diputados de la Nación, 6 de junio de 1939).

El 8 de junio de 1944 la organización del movimiento obrero azucarero dio un salto cualitativo y cuantitativo con la fundación de la FOTIA, que nucleaba en su seno a obreros de fábrica y del surco, como se destacó más arriba. El origen y desarrollo de la FOTIA resultó desde el principio vinculado al ascenso del peronismo y a su estímulo para conformar sindicatos por rama de actividad y de carácter nacional, unificados en torno a una central única, la CGT. A partir de entonces la FOTIA se constituyó en un actor fundamental en la política de la



provincia y también dentro del sindicalismo nacional. La consolidación de esta Federación posibilitó obtener nuevas conquistas.

En la base de esta organización estaban los sindicatos que se dividían según el tipo de actividad de la producción azucarera: a) sindicatos de obreros del surco, b) sindicatos de obreros de fábrica y surco y c) los sindicatos de ingenio (es decir de fábrica). Los primeros eran rurales. Como señala Fernando Siviero, representaban

“...un sector social muy pobre (casi en la miseria), en el cual, dadas sus condiciones de vida, hay contadas personas con un mínimo de alfabetización; además, esos gremios tenían la desventaja que significa la alta tasa migratoria existente entre los trabajadores rurales.” (Siviero 2001: 8, 11).²⁰

Los obreros de fábrica se organizaron más rápidamente y los sindicatos mixtos surgieron en aquellos ingenios que tenían caña propia. Los obreros de fábrica poseían una mayor calificación e instrucción. Los sindicatos de fábrica sin fondos cañeros respondían a las mismas características generales que los anteriores.

Por su parte, Lalo Juárez, anteriormente mencionado, obrero de surco permanente del ingenio de Cruz Alta, nació en 1938 y una parte de su infancia transcurrió antes de la llegada del peronismo y también con el peronismo en el gobierno. Así relata cómo eran las condiciones generales en las que vivía su familia antes de Perón:

“...nosotros no teníamos cocina, no teníamos en ese tiempo todo lo que teníamos que tener en la casa. No teníamos cama para dormir, teníamos catres; teníamos mecheros y con eso alumbrábamos de noche. ¡Mire Usted la pobreza! Eso debía ser más o menos en el tiempo del '45.

Cuando vino Perón recién hemos levantado la casa. Perón, nos daba ropa. Venían de Buenos Aires los trenes y tiraban un paquete de ropa para nosotros, los más pobres.

Después mandaban un cupón, en tiempo de Evita, para que retiremos los correos.” (Nicolás Juárez, Cruz Alta - Tucumán, 15 de marzo de 2013).

Resulta particularmente llamativa la relación que establece Lalo entre la figura de Perón y la de su padre, no sólo por su asimilación con la figura paterna protectora sino también por la vacancia que significó para él el derrocamiento y la ausencia de Perón. Lalo recuerda con nostalgia aquellos tiempos:

“...siempre queríamos que nos defienda alguien, que aparezca alguien que haya hecho como Perón. Perón en ciertas cosas se ha equivocado pero como otra persona más. Pero ha sido lo mejor que hemos tenido en la vida nosotros.

Una parte lo hemos aprendido a eso porque Perón nos ha enseñado a nosotros y nuestros viejos también, nuestros viejos nos han enseñado todo eso y aquí hemos salido al frente, como se decía, y ahora estamos así como estamos.” (Nicolás Juárez, Cruz Alta - Tucumán, 15 de marzo de 2013).

En la misma dirección se expresa Santos Aurelio Chaparro, quien ingresó a la vida sindical en la fábrica del ingenio La Florida, teniendo como referente al histórico dirigente Rómulo Chirino, ambos de filiación peronista:

“La Eva nos dio muchas cosas. La Eva ha sido la que dijo ‘¡basta!’. Después vino ya un salario más digno con Perón, un trato más igualitario, ya vino un descuento para la jubilación, todas esas cositas. Y eso era lo que quería la gente antes, mayor seguridad. Un poquito, no mucho, un poquitito...

Pero “los poderosos” no querían saber nada. Yo recuerdo que en esa época mi viejo me decía que el dueño de media República Argentina quería que andemos de lonillas los



obreros (...). Entonces menos mal que vinieron, los frenaron con las ideas de Perón, y cuando lo metieron en cana a Perón se fueron todos a que lo larguen. Y la Eva ha tenido un papel muy importante en rescatarlo a Perón, porque la Eva ha sido hija también de madre y padre sufridos y sabía entonces lo que queríamos, lo que quería la gente. Y ella dio ese poquito más.” (Santos Aureliano Chaparro, La Florida - Tucumán, 20 de abril de 2013).

Ya aún con la trascendencia que tuvieron las reformas bajo el gobierno peronista, los obreros siguieron sufriendo la explotación en un país que continuaba siendo dependiente.

Por otra parte, la FOTIA desempeñó un importante papel durante la crisis de octubre de 1945 cuando había sido desplazado y detenido el general Juan Domingo Perón. El 15 de octubre esta organización sindical tucumana fue, junto a sindicatos de Rosario y del Gran Buenos Aires, parte de las organizaciones obreras que se anticiparon a la decisión de la CGT y declararon por su cuenta una huelga general para exigir la libertad de Perón. Luego la Federación participó activamente de las movilizaciones populares del 17 de octubre²¹.

Esta posición combativa asumida por las bases azucareras y sus dirigentes para el historiador Gustavo Rubinstein representó “...una clara intención de defender las conquistas alcanzadas, que la detención de Perón parecía poner en peligro.” (Rubinstein 2006: 54). Así, la pueblada del 17 de octubre se realizó en distintas partes del país. Desde el día anterior en Tucumán los obreros se habían movilitado hacia la plaza Independencia desde los pueblos azucareros. Por su parte, Lalo Juárez, ex trabajador del surco en Cruz Alta describe el fuerte impacto que le generaron, aún siendo un niño, aquellas jornadas:

“...cuando a Perón lo han detenido, aquí se movió, creo que era en el '45. Toda la gente venía con cuchillos, con escopetas, con armas, a enfrentarse con los militares que lo tenían a Perón, ¡qué barbaridad! La gente iba por la ruta. Yo habré tenido 7 u 8 años, iba a la escuela, yo me

acuerdo.

Iban todos hasta el Río Salí y después hasta la plaza Independencia. Había gente de Concepción...

¡Vos no sabes lo que había sido eso, ay mamita querida! Y yo con la edad que tenía... Y bueno de ahí he tenido la iniciativa del peronismo, ¿cómo no iba a ser peronista? [Risas].” (Nicolás Juárez, Cruz Alta - Tucumán, 15 de marzo de 2013).

También algunos obreros azucareros partieron rumbo a Buenos Aires. Por ejemplo, el obrero del ingenio La Florida, Santos Chaparro, relata cómo su padre junto a otros dirigentes salieron a movilizar a los obreros para defender a Perón:

“...mi viejo también se fue a Buenos Aires cuando lo metieron en cana a Perón. Y por primera vez en la historia, me contó mi viejo, que conoció una fuente y ahí se había lavado los pies, dice, ‘por todo lo que nos han hecho aquí me voy a lavar los pies’, decía mi papá [risas]...”. (Santos Aureliano Chaparro, La Florida - Tucumán, 20 de abril de 2013).

Estos sucesos, con el protagonismo del proletariado azucarero, resultaron fundamentales para la propia constitución del peronismo en la provincia y también a escala nacional, impregnando también con una marca fundacional al movimiento obrero provincial. Con respecto a este vínculo fundacional entre la FOTIA y el peronismo, Benito Romano, secretario general de la misma en 1959, ha referido:

“El nacimiento de FOTIA, juntamente con el peronismo, ha posibilitado que esa organización sindical se haya distinguido, a la par de su combatividad de la que hizo uso permanente, también por su gravitación política dentro de la provincia, incluso dentro del escenario político del país.” (Cristianismo y Revolución, mayo de 1969).



Romano puntualizaba también el carácter conflictivo que implicó su origen en la industria azucarera:

“No ha sido fácil; a pesar de que nació con el peronismo, imponer la constitución de los sindicatos de los ingenios azucareros, donde había una explotación de tipo feudal. Esas son las primeras luchas que tuvimos que desarrollar los trabajadores; se tuvo que pelear hasta las últimas consecuencias para que los industriales azucareros, que prácticamente tenían esclavos a los trabajadores, aceptasen una realidad como la que era la irrupción de los trabajadores en la vida activa de nuestro país.” (Cristianismo y Revolución, mayo de 1969).

También en el seno del movimiento obrero azucarero se desplegaron las contradicciones intrínsecas al movimiento peronista. Así, a pesar del claro enrolamiento de la mayoría del gremio en las filas del peronismo, los obreros azucareros y sus dirigentes desarrollaron una resonante huelga en reclamo de aumentos salariales en 1949 que duró más de 40 días, recibió la intervención de la CGT y el encarcelamiento de sus dirigentes, con su consiguiente expulsión de los sindicatos y de sus puestos de trabajo. Al mismo tiempo, fruto de la lucha, los obreros obtuvieron un importante aumento salarial, pero la FOTIA fue descabezada y se impusieron dirigentes serviles y subordinados al gobierno peronista, lo que impidió el desarrollo posterior de una actividad sindical independiente del movimiento obrero tucumano.

Esos aspectos de la política del gobierno peronista hacia el movimiento obrero resultarían problemáticos para los sindicalistas peronistas. En un balance de aquella huelga realizado veinte años después, Benito Romano, uno de los dirigentes más combativos del movimiento obrero tucumano, de destacada formación política, afirmaba:

“...en 1949, la FOTIA hizo una huelga de 50 días de duración. Fue en plena vigencia del gobierno peronista y muchos sectores querían hacerla aparecer como una

huelga política en contra del gobierno popular, que era nuestro gobierno. Pero, muy por el contrario, la lucha contra los intereses de la industria, era una lucha netamente reivindicativa, justa, ya que todavía esos sectores poderosos de la industria azucarera impedían la concreción de las más sentidas reivindicaciones de los trabajadores. Ese fue el carácter de la huelga; fue una huelga que es un jalón en la historia combativa de la FOTIA." (Cristianismo y Revolución, mayo de 1969).

Así, Romano destacaba la combatividad de la Federación pero evitaba referirse a la intervención de la FOTIA, la quita de su personería gremial y la inhabilitación perpetua de numerosos dirigentes, algunos de los cuales recién serían rehabilitados años después.

En suma, para comprender mejor la profundidad del arraigo que logró el peronismo en Tucumán (llegando por ejemplo a conseguir aproximadamente el 70% de los votos en las elecciones de febrero de 1946, el mayor porcentaje de votos de todo el país) es necesario considerar aquellas particulares condiciones de vida previas de la clase trabajadora tucumana. Las conquistas sociales que se fueron obteniendo a partir de la llegada de Perón al gobierno modificaron en parte esas realidades seculares de opresión económica, social y política e impactaron no sólo en las condiciones de vida y trabajo sino también en la memoria y la subjetividad de un importante sector de la población.

REFLEXIONES FINALES

Desde fines del siglo XIX, eliminadas ya las leyes de conchabo mediante las que se reclutaba la mano de obra bajo la acción conjunta del Estado y de la policía, existía ya una considerable cantidad de población asalariada en torno a la producción azucarera, punto de partida del movimiento obrero tucumano durante el siglo XX.

El propio proceso productivo de la agro-industria azucarera requería que la mano de obra se estableciera en un mismo territorio, empleando obreros en las fábricas y obreros en los surcos. Entre estos



trabajadores se estableció una compleja relación en la que, a diferencia de los empleados que se agremiaron por aparte, primó la unidad al fundirse en una Federación única: la FOTIA. Ello estuvo estrechamente emparentado a la proximidad geográfica y a la ligazón a través del ciclo productivo, que posibilitó estrechos lazos de pertenencia, uniones familiares y la implantación de vigorosos vínculos de solidaridad entre los obreros. Además, aunque poco reconocidas, en la actividad azucarera trabajaron las mujeres, ya sea en relación de dependencia con el ingenio o ayudando en las labores a sus esposos y familiares.

Las diferencias económicas y culturales entre los distintos tipos de obreros azucareros eran notorias. Las condiciones de vida y de trabajo de los obreros del surco implicaban grandes sacrificios, siendo peores las circunstancias para aquellos que trabajaban de manera temporaria. De esa forma, los obreros que realizaban las tareas en el campo recibían menores salarios, sus viviendas eran más precarias y en general tenían un menor nivel de instrucción.

La vida cotidiana en los pueblos azucareros estaba marcada por una fuerte jerarquización social. Muchas veces las diferencias entre los obreros eran alentadas por el Estado o por las patronales azucareras, con el propósito de dividir a los trabajadores y de esta manera obtener mayores ganancias y/o lograr disciplinar la mano de obra en los establecimientos laborales. Se trataba de evitar que los trabajadores lograsen unirse, identificando necesidades similares y enemigos comunes, pues cada vez que ello ocurría la conflictividad social podía tornarse incontrolable para los sectores dominantes de la sociedad.

Hacia mediados del siglo XX las relaciones entre los obreros y los dueños de los ingenios eran de carácter capitalista, registrándose además la supervivencia de diferentes mecanismos de coacción extra-económica. En distintas oportunidades, los patrones emplearon estrategias paternalistas para intentar encubrir la relación de explotación que mediaba con los obreros. También en repetidas ocasiones los trabajadores utilizaron a su favor instrumentos que anteriormente habían servido para controlarlos: un ejemplo fue el caso de los túneles del ex ingenio Santa Ana. De este modo, los mayores niveles de organización y protagonismo de los obreros reducían la eficacia de los mecanismos utilizados por las patronales.

La combatividad del proletariado azucarero fue una nota distintiva desde sus orígenes y a lo largo del siglo XX. Esto se potenció con la conformación de la FOTIA en 1944 y el fortalecimiento de los sindicatos de base en los ingenios y fincas cañeras. A partir de entonces, la Federación se convirtió en un actor de primer orden en la vida política de la provincia y también dentro del sindicalismo nacional.

Así, los altos niveles de lucha y el arraigo del peronismo se combinaron de una manera altamente explosiva en la FOTIA, que desde su nacimiento hasta la última dictadura fue el motor de las luchas en la provincia, en las que las bases obreras asumieron un protagonismo significativo. Los obreros lucharon por mejorar sus condiciones de vida y de trabajo. Su identidad mayoritariamente peronista no impidió que protagonizaran fuertes conflictos aun durante los períodos de gobiernos de Juan Domingo Perón y luego de Estela Martínez de Perón, corriéndose del corsé de la conciliación de clases.

Todos estos elementos nos iluminan y nos ayudan a comprender la virulencia con la que la clase obrera combatió las drásticas transformaciones productivas impuestas a la fuerza tanto por la dictadura de la "Revolución Argentina" como por la instaurada en marzo de 1976, que significaron la eliminación de miles de puestos de trabajo y el deterioro en las condiciones de vida de los trabajadores.

NOTAS

1. Respecto a las distintas capas del campesinado consultar Azcuy Ameghino 2004: 163.

2. La problemática específica de los cañeros no se abordará en este artículo. No obstante es importante tener presente que las relaciones establecidas por éstos con los otros sectores de la rama resultaban un tanto conflictivas. Con los industriales, por un lado, se desarrollaba una lucha por el precio de la materia prima y por el plazo en la que ésta sería retribuida. Por otro lado, con la mano de obra rural que empleaba las tensiones inherentes a la relación salarial y las condiciones laborales.



3. Sobre los condicionamientos objetivos por parte de la agro-industria azucarera en el desarrollo de la vida social, cultural y política de la provincia desde el punto de vista teórico se encuentran los trabajos de Racedo *et. al* 2004 y Quiroga y Racedo 1990; también los estudios sobre las subjetividades en el mundo azucarero de Taboada y Lobo 1996; y los distintos trabajos de Mercado sobre la historia de Santa Lucía, su pueblo natal, donde recoge una considerable cantidad de testimonios de los pobladores, ver: Mercado 2006, 2008.

4. Respecto a las modalidades que adquiriría la lucha obrera y popular en oposición al cierre de los ingenios consultar la tesis doctoral de Nassif 2015.

5. Consultar acerca de los aportes de la historia oral: Portelli 1991. También Pozzi 2008.

6. Para Eduardo Rosenzvaig "...a partir de la llegada del ferrocarril (1876), la iniciación del ciclo fabril del azúcar y la creación del gran ingenio, se puede hablar de la formación de clase obrera en Tucumán." (Rosenzvaig 1987: 91).

7. Fragmento extraído de Ostengo de Ahumada 1969: 19.

8. "Es sabido que fue Lucas Córdoba quien derogó la infame Ley de Conchabos en 1896, disposición que había sancionado una especie de servidumbre agraria una década atrás, en plena era de la civilización industrial...". (Pucci 1989: 18). La derogación fue establecida a través de la ley N°599 en 1896 de la Legislatura provincial. Con la misma concluyó en Tucumán el período de vigencia de normas locales en las relaciones laborales. Ver Ostengo de Ahumada 1969: 21.

9. "En general, el elemento más dinámico es el ingenio, de tal manera que si bien caña y azúcar forman una unidad no divisible dentro del conjunto de la política azucarera, es la parte final del ciclo y las relaciones que en este nivel se establecen, las que condicionan a la producción de materia prima. Ello implica que las relaciones sociales

agrarias están estrechamente ligadas y condicionadas en Tucumán a un sector capitalista industrial, comercial y financiero.” (Consejo Federal de Inversiones 1973: 31.)

10. Respecto a las distintas tareas que implica la cosecha consultar María Delia Paladini 1969: 34-42. Quien advierte que “En Tucumán, se dice indiscriminadamente *la zafra o la cosecha* para referirse a la cosecha de la caña de azúcar”, pg. 42. Por otra parte una descripción de las tareas en la planta industrial fueron resumidas por Romano 2009: 184-185.

11. Ver también Mercado 2008.

12. El mayordomo era quien administraba el funcionamiento de las colonias.

13. Sobre la construcción del ingenio Santa Ana se puede consultar una obra de ficción elaborada por David Cabrera 2013, un poblador de Santa Ana, en el que se describen algunos de los acontecimientos señalados, como los túneles o la construcción del Parque de Santa Ana, entre otros sucesos. Cabe destacar que en la actualidad, ese Parque sigue siendo un orgullo para los pobladores de Santa Ana, pero también la marca de una herida que no cicatriza desde que el ingenio cerró durante la dictadura de Onganía. Los árboles traídos de diferentes partes del mundo coexisten con el abierto deterioro y abandono de las instalaciones. Un documental en el que se tratan algunos aspectos de la historia de Santa Ana ver: Di Florio 2011.

14. Se han elaborado distintos trabajos respecto al origen y el accionar del Perro Familiar. Por su parte, en la obra compilada por Rosenzvaig 1997: 60 - 64, se señalan once versiones distintas sobre la naturaleza de este mito, recogidas en distintas zonas azucareras del país. Además, allí se destaca que: “El tema del miedo se inscribe como centro ideológico de la leyenda. No salir de noche y tener miedo, las dos concepciones que necesitaba el ingenio de fines del XIX para disciplinar mano de obra rural y transformarla en proletariado rural.”



15. La responsabilidad de empresas azucareras del ingenio Ledesma de Jujuy, el Concepción y La Fronterita de Tucumán en el terrorismo de Estado fue abordado en la publicación: Programa Verdad y Justicia de la Nación, Secretaria de Derechos Humanos de la Nación, Centro de Estudios Legales y Sociales (CELS) y Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales (FLACSO) 2015. Por su parte el sociólogo Emilio Crenzel señala "...la metodología de la desaparición de personas actualizaba formas tradicionales de la violencia patronal en el ámbito local. Es decir, no era ajena a la cultura represiva forjada por los dueños del azúcar." Crenzel 2010: 389.

16. "El lugar había sido descrito por varios sobrevivientes. Y una inspección ocular (...) había dado cuenta de su existencia, pero nunca se había podido acceder. Hasta que la erosión de la tierra dejó un hueco y la semana pasada se pudo entrar por un acceso alternativo." *Agencia Nacional de Noticias Jurídicas*, 6 de junio de 2014. <http://infojusnoticias.gov.ar/provinciales/el-centro-clandestino-que-funciono-en-el-sotano-de-una-base-militar-1819.html>, [consultado el 18/08/2015]. Asimismo, sobre la historia de la mencionada Base Militar puede consultarse el trabajo de Mercado, 2006.

17. Distintos testimonios que incluyen estos elementos pueden encontrarse también en Delgado 2014.

18. Una fuente de primer orden para conocer la situación de los trabajadores a principios del siglo XX es el conocido informe elaborado por Juan Bialeto Massé, por encargo de Joaquín V. González, ministro del Interior durante la segunda presidencia de Julio Argentino Roca, en enero de 1904. Allí quedaron registradas las condiciones de vida y de trabajo de las clases obreras del interior del país. Con ese cometido Bialeto Massé fue a Tucumán en dos oportunidades, en marzo y en agosto de 1904. (Bialeto Massé [1904] 1968). Por otra parte, se encuentran las apreciaciones sobre el proletariado azucarero de comienzos del siglo XX realizadas por Luis Lolito, militante de la corriente sindicalista revolucionaria, publicadas en el periódico *La*

Acción Socialista entre diciembre de 1907 y abril de 1908. Lolito escribió estos artículos luego de haber viajado a Tucumán, enviado por Unión General de Trabajadores. Consultar: Lolito 1993: 21-36.

19. Sobre las luchas del movimiento obrero azucarero en la década del '20 consultar el trabajo de Santamaría 1986: 73-79. Bajo la gobernación del radical Octaviano Vera se promulgó, en marzo de 1923, la Ley N° 1.346 en la que se establecía el límite a la jornada laboral a 8 horas diarias y 48 horas semanales en los ingenios azucareros, explotaciones agrícolas, fábricas, usinas, manufacturas, talleres en general, casas de comercio, empresas de transportes, construcciones en general, servicios de cargas y descargas, establecimientos en general públicos o privados. En esa fecha también se promulgó la Ley N°1.384 por la que se disponía el salario mínimo para obreros que trabajaran en fábricas o talleres. Asimismo se expresaba que los obreros mayores de 18 años obtendrían un salario mínimo de 4,20 pesos y los obreros que trabajasen a destajo percibirían el salario convenido con sus patrones. En casos de no existir convenio o cuando el salario convenido fuese notoriamente inferior se determinaría con intervención del Departamento del Trabajo. Los textos completos de las leyes mencionadas pueden consultarse en la página de internet del Poder Legislativo de la provincia de Tucumán, https://hlt.gov.ar/digest_main.html.

20. Cabe aclarar que la reconstrucción de ese proceso Fernando Siviero 2001 lo realiza a través de las entrevistas de Carlos Aguilar, director del Departamento Provincial de Trabajo y Previsión y los sindicalistas Rómulo Chirino, Héctor Ángel Lobo, Rafael De Santis. Algunas de estas entrevistas pueden consultarse en el dossier de Entrevistas a sindicalistas azucareros en Gutiérrez y Rubinstein 2012.

21. Sobre la participación de la FOTIA en los sucesos de octubre de 1945 consultar Romano 2009. Gustavo Rubinstein señala que la FOTIA había rechazado cualquier forma de negociación. "En Octubre, quizás por primera vez desde su formación, la FOTIA pudo tener dimensión real de su fuerza. El día 13 la FOTIA declaró la huelga general revolucionaria." Gustavo Rubinstein 2006: 55.



REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS Y FUENTES CITADAS

- Azcuy Ameghino, E. (2004) *Trincheras en la historia. Historiografía, marxismo y debates*. Bs. As.. Imago Mundi.
- Bialet Massé, J. [1904] (1968) *El estado de las clases obreras argentinas a comienzos del siglo*. Córdoba. Universidad Nacional de Córdoba.
- Cabrera, D. (2013). *“La huella de Clodomiro”*. *La historia del Ingenio Santa Ana*. Del autor. Tucumán.
- Campi, D. (1991). *Captación y retención de la mano de obra por endeudamiento. El caso de Tucumán en la segunda mitad del siglo XIX*. Ciclos, Nº 1, Instituto de Investigación de Historia Económica y Social de la Fac. De Ciencias Económicas, UBA.
- Campi, D. (2000). *Economía y sociedad en las economías del Norte*, en M. Lobato, *El progreso, la modernización y sus límites (1880-1916)*, *Nueva Historia Argentina, Tomo V*. Bs. As.: sudamericana.
- Consejo Federal de Inversiones. (1973). *Análisis y evaluación del plan de transformación agro-industrial de la provincia de Tucumán*, Bs. As. Ediciones de CFI.
- Crenzel, E. (2010) *El Operativo Independencia en Tucumán*. En Orquera, F. (coord.), *Ese Ardiente Jardín de la República. Formación y desarticulación de un “campo” cultural: Tucumán, 1880-1975*. Córdoba: Alción Editorial.
- Delgado, V. (2014) *Vidas contadas.*, Bs. As. Agora.
- Gutiérrez, F. y Rubinstein, G. (comps.) (2012) *El primer peronismo en Tucumán. Avances y nuevas perspectivas*. Tucumán. EDUNT.
- Lolito, L. (1993) *El proletariado tucumano a comienzos de siglo*. En T. di Tella (comp.), *Sindicatos como los de antes*. Bs. As.: Biblos.

Mercado, L. (2008) *El Gallo Negro. Vida, pasión y muerte de un ingenio azucarero*. Bs. As. Del autor.

Mercado, L. (2006) *Santa Lucía de Tucumán: La Base*. Bs. As. Del autor.

Murmis, M. y Waisman, C. (1969) *Monoproducción agroindustrial, crisis y clase obrera, la industria azucarera tucumana*. Revista Latinoamericana de Sociología, N° 1.

Nassif, S. (2015) *Las luchas obreras tucumanas durante la autodenominada Revolución Argentina (1966-1973)*. Tesis doctoral. Bs. As. UBA.

Nassif, S. (2012) *Tucumanazos. Una huella histórica de luchas populares. 1969-1972*. Tucumán. Facultad de Filosofía y Letras, UNT.

Ostengo de Ahumada, A. (1969) *La legislación laboral en Tucumán. Recopilación ordenada de leyes, decretos y resoluciones sobre Derecho del Trabajo y Seguridad Social 1839-1969*. Tomo 1º. Tucumán. Universidad Nacional de Tucumán.

Paladini, M. (1969) *La terminología de la zafra tucumana*, Tucumán, Universidad Nacional de Tucumán.

Portelli, A. (1991) *Lo que hace diferente a la historia oral*. En D. Schwarzstein (comp.), *La historia oral*. Bs. As.: CEAL.

Pozzi, P. (2008) *Historia oral: repensar la historia*. En Pozzi, P. y Necochea, G. *Cuéntame cómo fue: Introducción a la historia oral*. Bs. As.: Imago Mundi.

Programa Verdad y Justicia de la Nación, Secretaria de Derechos Humanos de la Nación, Centro de Estudios Legales y Sociales (CELS) y Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales (FLACSO) (2015) *Responsabilidad empresarial en delitos de lesa humanidad. Represión a trabajadores durante el terrorismo de Estado*, Ministerio de Justicia



y Derechos Humanos de la Nación. Tomo I. Bs. As. Infojus.

Pucci, R. (1989) *La élite azucarera y la formación del sector cañero en Tucumán (1880-1920). Conflictos y procesos de la Historia Argentina Contemporánea*. Bs. As.: CEAL.

Quiroga, A. y Racedo, J. (1990) *Crítica de la Vida Cotidiana*. Bs. As. Ediciones Cinco.

Racedo, J. *et al.* (2004) *Patrimonio Cultural e Identidad*. Bs. As. Ediciones Cinco.

Romano, G. (2009) *Benito, Azúcar y Sangre. FOTIA y la huelga azucarera de 1959. Desde sus primeras luchas reivindicativas hasta 1962*. Bs. As. Ed. del autor.

Rosenzvaig, E. (1987) *Historia social de Tucumán y del azúcar*, Tomo I. Tucumán, Universidad Nacional de Tucumán.

Rosenzvaig, E. (1997) *La Cepa. Arqueología de una cultura azucarera*, Tomo II. Tucumán, Universidad Nacional de Tucumán- Letra Buena.

Rubinstein, G. (2006) *Los sindicatos azucareros en los orígenes del peronismo tucumano*, Tucumán, Instituto de Estudios Socio Económicos de la Facultad de Ciencias Económicas de la UNT.

Santamaría, D. (1986) *Azúcar y Sociedad en el Noroeste Argentino*, Bs. As. Ed. del IDES.

Siviero, F. (2001) *Trabajadores del sistema agro-azucarero tucumano. Una visión desde el debate 'trabajadores nuevos - trabajadores viejos'*. 5º Encuentro Nacional de Estudios del Trabajo.

Taboada, M. S. y Lobo, H. Á. (1996) *Los dueños de la zafra. Vida y trabajo en un ingenio azucarero*. Tucumán. CERPACU-Universidad

Nacional de Tucumán.

Ulivarri, M. (2011) *Sindicatos en 'la capital del azúcar'. Organización y lucha en el mundo del trabajo de la provincia de Tucumán (Argentina), 1930-1943*. Historia Agraria, N° 5.

Prensa

Agencia Nacional de Noticias Jurídicas

Cristianismo y Revolución

Primera Plana

Documentos

Cámara de Diputados de la Nación, Comisión Industrias y Comercio, "Unión general de Trabajadores de la Industria Azucarera - Formula consideraciones relacionadas con la situación por que atraviesan los trabajadores ocupados en dicha industria", Expte. N° 309, 6 de junio de 1939.

"Estatuto FOTIA", Tucumán, 1944.

FOTIA, "FOTIA, sus sindicatos y afiliados", Tucumán, octubre 1963.

Poder Legislativo de la provincia de Tucumán, https://hlt.gov.ar/digest_main.html.

Fuentes Orales

Pablo Brito, ex obrero del ingenio Cruz Alta, dirigente del sindicato y administrador del sanatorio "Manuel Reyes Olea", entrevista realizada por Silvia Nassif y Juan Díaz, Cruz Alta, 12 de diciembre de 2014.

Santos Aureliano Chaparro, ex obrero de fábrica del ingenio La Florida,



dirigente del sindicato, integrante del peronismo, entrevista realizada por Silvia Nassif, Juan Díaz y Verónica Ovejero, La Florida, Tucumán, 20 de abril de 2013.

Santos Aureliano Chaparro, ex obrero de fábrica del ingenio La Florida, dirigente del sindicato, integrante del peronismo, entrevista realizada por Silvia Nassif y Juan Díaz, La Florida, Tucumán, 12 de diciembre de 2014.

Rafael De Santis, ex obrero del ingenio Mercedes, dirigente del sindicato y de la FOTIA, entrevista realizada por Fernando Siviero, San Miguel de Tucumán, 3 de noviembre de 1988. Citado en Florencia Gutiérrez y Gustavo Rubinstein, 2012.

Manuel Díaz, ex obrero del ingenio Mercedes, dirigente del sindicato en la década del '50, entrevista realizada por Fernando Siviero, San Miguel de Tucumán, 3 de noviembre de 1988. Citado en Florencia Gutiérrez y Gustavo Rubinstein, 2012.

Nicolás Juárez, ex obrero del surco, entrevista realizada por Silvia Nassif y Sebastián Solís, Cruz Alta, Tucumán, 15 de marzo de 2013.

Julio Lescano, ex obrero de fábrica del ingenio Bella Vista, dirigente del sindicato, peronista, entrevista realizada por Silvia Nassif y Abel Nassif, Bella Vista, Tucumán, 14 de marzo de 2013.

Juan Antonio Medina, ex obrero de fábrica del ingenio La Providencia y dirigente del sindicato, realizada por Silvia Nassif y Guillermo Caporaletti, Río Seco, Tucumán, 11 de agosto de 2012.

Mario Manuel Nina, ex obrero de fábrica del ingenio Santa Ana, entrevista realizada por Silvia Nassif, Juan David Cabrera, Guillermo Caporaletti y Enrique Sanmillán, Santa Ana, Tucumán, 14 de agosto de 2013.

Vicente Ricardo Sal, cañero, dirigente de UCIT, entrevista realizada por

Silvia Nassif, San Miguel de Tucumán, 13 de agosto de 2013.

Hugo Aldo Santillán, ex obrero de fábrica del ingenio Bella Vista, dirigente del sindicato, militante peronista, hermano de Atilio Santillán, entrevista realizada por Silvia Nassif, San Miguel de Tucumán, 18 y 19 de marzo de 2013.

Oscar Rafael Zurita, ex obrero del surco, peronista, entrevista realizada por Silvia Nassif, San Miguel de Tucumán, 26 de junio de 2013.

Audiovisual

Di Florio, S. (2011) *Por los caminos del azúcar*.